

sus convecinos á tomar las armas y levantar fuertes partidas.

D. Nicolás Albericia, párroco de Coujo, no descansaba en la patriótica tarea de reclutar gente y organizar guerrillas. Las ocho parroquias que componían su feligresía se alzaron en armas, y las fuerzas de todas ellas fueron acaudilladas por sus respectivos párrocos.

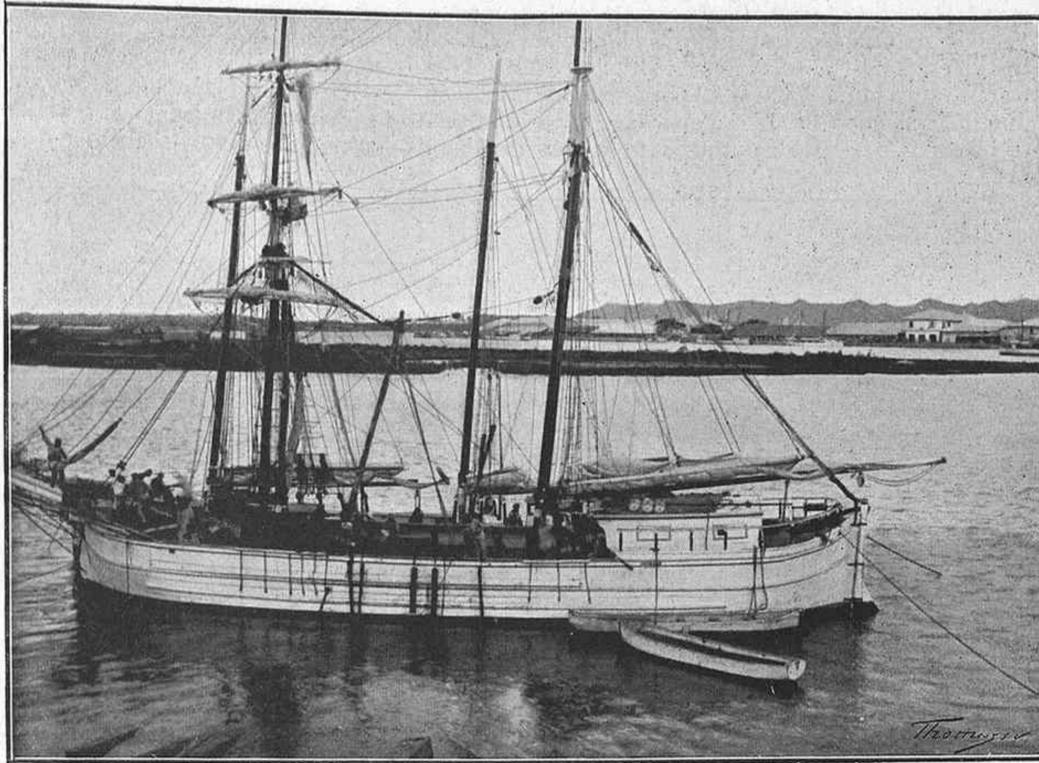
No hacían aquellos clérigos más que imitar la conducta del obispo de Orense, que siguiendo el ejemplo de su colega, el de Santander, se sublevó contra el rey intruso, predicando la guerra santa, después de haberse negado á concurrir á las Cortes de Bayona, donde fué sancionada la ruina de España.

No tenemos espacio para referir las hazañas que casi todos estos clérigos realizaron, una vez lanzados á la lucha; pero sería imperdonable olvido dejar de consignar que el abad de Valladares, D. Juan Rosendo Arias, llegó á tomar la ofensiva, poniendo sitio á Vigo é intimando la rendición al general Chalot. Rechazó la intimación el francés, que esperaba

refuerzos de la parte de Pontevedra; pero luego que el general Morillo consiguió la victoria del Puente de San Payo, vióse obligado á capitular, cuando ya los españoles habían penetrado en el recinto, merced á un vigoroso asalto.

En Extremadura el presbítero D. Miguel de Quero organizó una fuerza de seiscientos infantes y cien caballos, con la cual derrotó al general Hugo, padre del inmortal poeta, en el puente del Tietar, mereciendo que D. Gregorio de la Cuesta, poco aficionado á los guerrilleros, lo agregase al ejército de su mando.

En Zamora el cura de Astudillo se apoderó de un convoy compuesto de ciento diez y ocho carros de municiones y pertrechos de guerra, pasando á cuchillo á toda la fuerza que lo escoltaba, en venganza del tratamiento que los franceses habían dado poco antes á Fray Julián Delica, á quien lograron apresar.



FILIPINAS. — Una goleta anclada junto á uno de los atracadores de Ilo-Ilo (de fotografía de D. Félix Laureano)

Del monasterio de monjes bernardos de Herrera de Río Pisuerga (Palencia) salió también á combatir por la patria Fray Jacobo Alvarez, que no tardó en hacerse temible, lo mismo que los curas D. Juan Tapia y D. Vicente Cenzano, que guerrearon en aquella comarca.

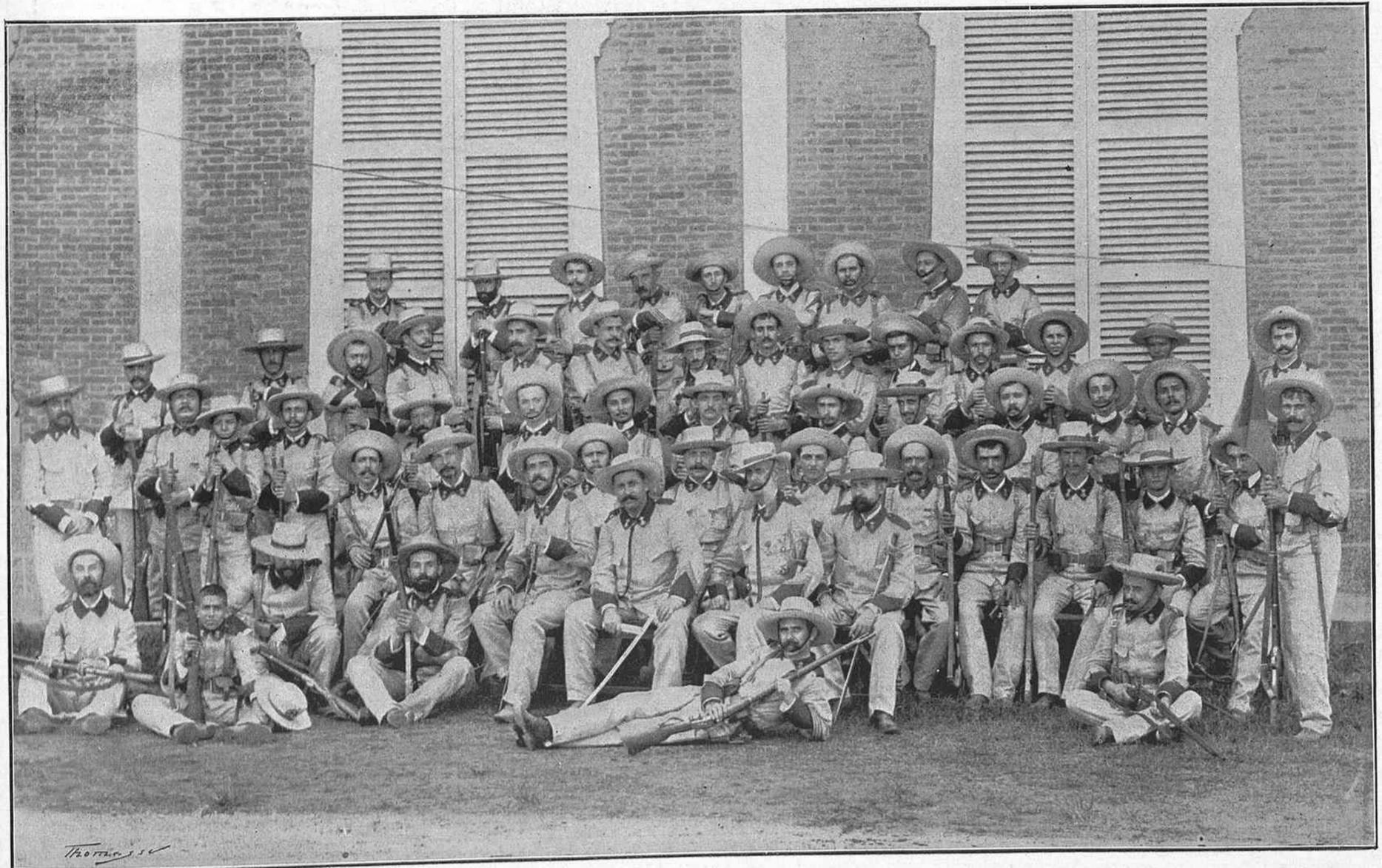
D. José Alfaro, racionero de la catedral de Calahorra, recibió, cuando menos lo esperaba, un real decreto nombrándole canónigo de la misma. Hombre ya de edad avanzada, no había pensado en salir á campaña, aunque era ardiente patriota; pero considerando aquel ascenso, que no había pedido, como una intriga de sus enemigos para deshonorarle, quiso lavar la mancha que había caído sobre su nombre; presentóse á la Junta, pidió autorización para levantar á su costa y mando una guerrilla, y salió á campaña al frente de la que denominó *Partida de Cruzada*.

dores habían logrado introducir en la capital gran número de armas, y todo estaba dispuesto para el alzamiento que debía iniciarse al toque de rebato, que sonaría en todas las iglesias. La policía descubrió la trama. Duhesme, que mandaba en la plaza, ordenó gran número de prisiones, y entre otros fueron conducidos á la ciudadela los paisanos Massana y Aulet, el presbítero D. Joaquín Pou, el P. Gallifa y D. José Navarro, sargento que había sido del regimiento de Soria.

Ninguno quiso manchar sus labios con la mentira, negando sus propósitos. El P. Gallifa dijo con heroica sencillez:

«Los actos de que se me acusa, únicamente me han sido inspirados por mi amor á la Religión, á mi Rey el Sr. D. Fernando VII y á la Patria.»

Los cinco fueron condenados á muerte, los dos



FILIPINAS. — LA OCTAVA COMPAÑÍA DEL BATALLÓN DE VOLUNTARIOS DE MANILA (de fotografía de D. Adolfo Aenlle, de Manila)